

aun destruyeron unos garitones construídos en el campo neutral, sin mucha escrupulosidad en los límites de la demarcación. No se había parado mientes en esto, como no se había considerado caso de guerra el que los moros del Ríff hicieran sin motivo fuego á Melilla, limitándose su gobernador á pedir y obtener el castigo de los agresores. También los africanos hacían justas reclamaciones de talas de árboles; pero ni á esto, ni á la piedra, ni á los tiros daban los marroquíes importancia. Así accedieron á la reclamación del Gobierno español; éste aumentó sus exigencias, pidiendo que la línea fronteriza tomara por base del deslinde la sierra de Bullones, de una extensión de más de tres leguas; no admitió la mediación de potencia alguna, aunque la solicitaron Inglaterra y Francia, y la primera principalmente que no quería se estableciera frente á Gibraltar un poder que amenazara la importancia de esta plaza; atropelláronse los sucesos, y promovióse la guerra, no para vindicar el honor nacional, que no fué verdaderamente ultrajado, sino con otros fines, manifestados sin rebozo, á algunos, por el mismo conde de Lucena. Proponíase distraer á los partidos políticos de las cuestiones que los destrozaban y al país, reuniendo su pensamiento y su acción en un asunto nacional y popular, y supo vencer los muchísimos inconvenientes que se le presentaron.»

Sentimos no estar del todo conformes con la opinión de los continuadores de la *Historia de España*, de Lafuente, en lo que se refiere al verdadero motivo que hubo para la guerra.

¿Acaso no habían sido, desde mucho tiempo antes, graves y repetidos los insultos inferidos á nuestro pabellón por las tribus infieles?

¿Qué satisfacciones se habían obtenido? ¿Qué ventajas se alcanzaron? ¿En qué situación nos encontrábamos respecto á los que, siendo nuestros vecinos, se mostraban como nuestros peores enemigos?

Se habían entablado negociaciones, el Gobierno marroquí iba dándoles largas y entre tanto la guarnición de Ceuta fué víctima de una agresión, corrió la sangre, y se hizo necesario llegar al terreno á que tantas veces se nos había retado.

El Gobierno de S. M. lo comprendió así y mandó retirar inmediatamente á nuestro Encargado de Negocios en Tánger.

Toda la nación aplaudió aquella medida, y el pueblo de Madrid se lanzó al Congreso el día 22 de Octubre, día en que oficialmente se declaraba la guerra al imperio de Marruecos.

Todos los diputados ocupaban sus sitios, las tribunas estaban llenas, y el Ministerio unido ocupaba su puesto.

Abierta la sesión, todo el mundo esperaba con una ansiedad inexplicable las palabras que iban á pronunciarse.

El general O'Donnell tomó la palabra, y en medio de un silencio profundo dijo:

«Nuestras relaciones con Marruecos no solamente están interrumpidas, sino que el Gobierno ha creído que era llegado el caso de apelar á las armas para recibir satisfacción del agravio hecho á la nación española.»

Una explosión inmensa acogió estas palabras, y los aplausos y los gritos de entusiasmo se repitieron de nuevo cuando el Presidente del Consejo de Ministros prosiguió con voz más conmovida:

«El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestro ejército y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nación española, y que iremos á sus hogares, si es preciso, á buscar la satisfacción.»

Los aplausos con que se acogieron estas palabras demostraban bien claro el espíritu de que se hallaban poseídos todos los españoles.

Varios señores diputados de las diversas fracciones en que se halla dividido el Congreso, olvidando sus rivalidades y su oposición al Ministerio, se unieron á él para darle mayor fuerza y ayuda.

Se pronunciaron discursos elocuentes, mucho más porque eran inspirados por el amor de la patria, y O'Donnell conmovido por los sentimientos que expresaba toda la Asamblea, exclamó con acento un tanto sofocado por la emoción: «El espectáculo que damos á la Europa es grande; nosotros hemos sabido acallar nuestras disensiones de familia; nosotros no oímos más que un solo grito: «la honra española sacarla ilesa, pura, hacer para ello todos los sacrificios que sean necesarios.»

Concluyendo después de esta manera:

«Si la Reina me confía el mando del ejército, yo no tendré más mérito que el de haber conducido á esos héroes al combate: si hay faltas la responsabilidad será mía, si hay triunfos, la gloria será para el ejército.»

En resumen, la sesión del día 22 de Octubre formará época en los anales parlamentarios de España, pues en ella se ve que la nación podrá estar adormecida y sufrir durante largos años, pero

que á la primera mancha inferida á su honor, se despierta iracunda dispuesta á vengarla con la sangre de sus ofensores.

Ya hemos dicho en otro lugar que se había recurrido á las vías diplomáticas para dar una solución favorable á la cuestión pendiente con Marruecos; pero visto que éstas no dieron resultado alguno, el Gobierno creyó llegado al caso de proceder con energía.

Se dispuso la formación de un ejército dividido en cuatro cuerpos bajo las órdenes de los generales Echagüe, Zavala, Ros de Olano y Prim, y por medio de un Real decreto se nombró á D. Leopoldo O'Donnell general en jefe del ejército expedicionario.

Todas estas noticias eran un incentivo más para el entusiasmo público, y cada día acudían más voluntarios á alistarse para combatir contra los ofensores de la honra nacional.

El día 7 de Noviembre el conde de Lucena se despidió de SS. MM., habiendo escuchado de boca de las augustas personas frases altamente lisonjeras y que acrecieron más el ardor del valiente caudillo de los españoles.

El día 10 del mismo mes entró O'Donnell en Cádiz después de haber ido revistando, durante su tránsito, á las tropas que estaban en los acantonamientos señalados de antemano.

Si entusiasmo había entre los paisanos, no era menor el de los militares.

La inercia en que habían estado durante tanto tiempo los hacía desear la guerra, y una como la que se presentaba, era superior á todas las aspiraciones.

O'Donnell había podido evadirse de los aplausos y de la manifestación de entusiasmo del pueblo de Madrid al marchar en la noche del 7, pero no pudo evitar las ovaciones con que le recibían en todos los pueblos por donde pasaba.

Después de haberse enterado del buen estado de las tropas, y quedado satisfecho de ellas, comprendió que ya había llegado el momento de obrar.

El día 18, después de haber revistado á las tropas que había en Cádiz y sus cercanías, dió la siguiente proclama:

«Soldados: Vamos á cumplir una noble y gloriosa misión. El pabellón español ha sido ultrajado por los marroquíes; la Reina y la patria confían á vuestro valor el hacer conocer á ese pueblo semi-bárbaro que no se ofende impunemente á la nación española.

»La campaña que vamos á emprender será dura y penosa; pero vosotros sois tan valientes como él, y tenéis las ventajas que os dan la disciplina y la instrucción sobre masas desorganizadas, que son tanto más fáciles de vencer, cuanto más numerosas se presentan sobre el campo de batalla.

»Que vuestro valor é impetuosidad no os lleven nunca más allá del punto que se os señale por vuestros jefes: esto os evitará caer en las emboscadas que pueda prepararos un enemigo conocedor del terreno.

»En las alarmas, tan comunes en la guerra que vamos á hacer, particularmente de noche, tened serenidad y completa confianza en vuestros jefes y oficiales; la confusión, el desorden, es el único enemigo á quien podéis temer.

»Soldados, mostraos dignos de la confianza de la Reina y de la patria, haciendo ver á la Europa que nos mira, que el soldado español es hoy lo que ha sido siempre, cuando ha tenido que defender el trono de sus reyes, la independencia de su patria ó vengar las injurias hechas á la honra nacional.

»Nuestra causa es la de la justicia y la de la civilización contra la barbarie; el Dios de los ejércitos bendecirá nuestros esfuerzos y nos dará la victoria.

»Cuartel general de Cádiz á 18 de Noviembre de 1859.—Vuestro general en jefe, Leopoldo O'Donnell.»

En la noche de aquel día se embarcó para las costas africanas el primer cuerpo del ejército al mando del general Echagüe.

Desde aquí seguiremos una lista cronológica de la guerra durante el mes de Noviembre, resumiendo todo lo posible el relato de los grandes sucesos que tuvieron lugar durante ella.

*Día 19 de Noviembre.*—En este día el general Echagüe, al frente del primer cuerpo del ejército expedicionario, desembarcó en Ceuta y se apoderó del Serrallo y alturas que le dominan, estableciendo su campamento y buscando los sitios á propósito para los reductos que habían de servir de puntos avanzados del campo cristiano.

Algunos moros se presentaron á nuestros soldados, pero en número tan pequeño que bastaron algunos disparos para hacerles desaparecer.

De este modo se solemnizó el día de la augusta soberana.

*Día 22 de Noviembre.*—Sobre las once de la mañana se presentaron multitud de moros en las alturas de Sierra Bullones.

Inmediatamente atacaron á nuestros bravos sol-

dados que resistieron su furiosa acometida hasta que el general Echagüe se personó en el lugar del combate y dió la orden para que se diese una carga á la bayoneta.

Al mágico grito de ¡viva Isabel II! rechazaron nuestros soldados á los marroquíes, persiguiéndolos con encarnizamiento y causándoles graves pérdidas en su huida.

Aquella fué la primera acción que tuvieron nuestras tropas con los infieles, y en ella se portaron de una manera que demostraba bien claro lo que la patria podía esperar de sus defensores.

*Día 24 de Noviembre.*—En este día fué atacado el reducto del Serrallo con la impetuosidad y arrojo que los marroquíes han demostrado en casi todos sus ataques.

Su objeto era el de circunvalarlo, aislándolo, por decirlo así, de las fuerzas que pudieran protegerle.

Pero les salió muy cara la idea, y nuestros soldados, al cabo de muy poco tiempo de combate, les hicieron retroceder.

*Día 25 de Noviembre.*—En este día fué donde se puso á prueba el valor de los defensores del Serrallo.

Al toque de diana dispuso el general que el batallón de cazadores de Madrid ó parte de él, saliese á hacer una descubierta, para cuyo efecto, algunas compañías al mando del Sr. Ochotorena subieron á colocarse en la montaña del Serrallo por la izquierda del camino que conduce á Angghera, dirigiéndose otras dos compañías hacia el boquete que dirige á este punto.

Avisado el general, por el vigía, del movimiento que se observaba entre los moros, dió sus disposiciones, y momentos después eran atacados los españoles con más táctica y mejor dirección que en los combates anteriores.

Su idea, según parece, era la de apoderarse del reducto, para lo cual, trataban de aislar completamente á éste del cuartel general, mas adivinado su intento, el brigadier Sandoval, con el regimiento de Borbón y una batería, recibió la orden de colocarse en el claro que queda entre la casa del Renegado y el reducto.

Al mismo tiempo dos compañías más de cazadores de Madrid, se posesionaron del sitio denominado el Boquete, mientras que las demás desplegaban sus guerrillas hasta la entrada de la cañada, en la que también se colocó otra compañía para reforzarlas en caso necesario, además de un batallón del regimiento de Cataluña que con el mismo objeto se dirigió á esta parte.

Muy pronto se rompió el fuego.

Los moros, en número de ochocientos á mil, se lanzaron sobre los cazadores de Madrid, que resistieron impávidos su acometida, y que impidieron, tanto ellos como los de Borbón, que los moros se interpusieran entre el reducto y el cuartel general.

El vigía del Hacho dió aviso entonces de que, por la parte de Tetuán, un considerable número de musulmanes avanzaba también en dirección hacia el reducto. Nuestras tropas salieron á contenerles, y momentos después la acción se había generalizado.

Los moros se presentaron con más ímpetu y en mayor número que otras veces; se habían aumentado con parte de los que traía Muley-el-Abbas, hermano del emperador de Marruecos, que estaba en Kasac, pueblo de las cercanías de Tetuán y Tánger.

La mejor dirección que se notaba en la manera de atacar, daba á entender bien claro, que no eran los mismos jefes que otras veces quienes les dirigían.

Divididos en dos grandes grupos para acometer por ambos lados al reducto, fueron rechazados en el uno, por los bravos batallones de Borbón y Cataluña, Alcántara y Madrid, y por el otro formó el general Echagüe un cuadro, en cuyo centro colocó la artillería, cuadro que á las primeras cargas de los moros empezó á retroceder.

Engañados éstos por semejante astucia, se lanzaron sobre él creyéndole ya segura presa; pero abriéndose entonces el frente, dejó ver á los asombrados musulmanes las piezas de artillería, que empezaron á vomitar metralla sobre sus apiñadas filas, mientras que los soldados del cuadro les atacaban por los costados.

Furiosos y sin poder maniobrar libremente en un terreno reducido para el número en que estaban, quisieron retroceder, pero otra brigada de nuestro ejército se les había adelantado cortándoles completamente la retirada.

A su vez el enemigo trató de cortar al batallón de cazadores de Madrid, saliendo por la cañada de la izquierda; pero dos compañías de él, lanzándose con un arrojo superior á todo cuanto se pueda decir, no solamente impidieron el que fueran envueltos sus compañeros, sino que cargándoles por el flanco derecho los hicieron retroceder en desordenada fuga.

Pintar el dolor y la desesperación que se apoderó de los soldados que estaban colocados en el boquete de Angghera al ver caer herido á su comandante Ochotorena, sería imposible.

Y para completar lo horroroso de su situación, prescindiendo de las bajas inmensas que tuvieron, vieron caer en un momento al bizarro teniente coronel que los estaba animando con sus palabras y con su ejemplo, un capitán y tres tenientes, quedando sólo un subteniente que por milagro pudo escapar en aquella mortandad.

En vista de aquel terrible cuadro los soldados empezaron á vacilar. Sin jefes que los animasen, diezmados por los fuegos enemigos, estaban sin saber qué hacer, pudiendo comprometer tal vez la batalla su inacción.

En aquel momento supremo, un hombre inspirado por el Dios de los combates, se lanzó ante ellos gritando:

—¡Soldados! los vivos quedan para vengar á los muertos; adelante, y ¡viva la Reina!

Tales palabras entusiasmaron á los soldados, que con furia terrible se lanzaron sobre los moros.

El hombre que animó á los soldados era don Manuel Membrado, capellán del batallón de cazadores de Madrid, y cuya heroica acción salvó tal vez de ser arrollada á la división que maniobraba por aquel lado.

Viendo el general Echagüe que el enemigo trataba de cortar á nuestras tropas por el flanco izquierdo, se lanzó á la cabeza de algunas fuerzas á impedir el movimiento, cargando sobre él como el primer soldado, y con la impetuosidad y el valor que le caracterizaban.

Una lluvia de balas cayó sobre él, y muertos dos veces sus caballos, traspasada su levita por algunas balas africanas, una de ellas vino á herirle en una mano, al mismo tiempo que uno de sus oficiales de Estado Mayor caía también herido más gravemente.

Sin embargo, á pesar de su herida el general no se retiró.

La acción había llegado á su grado máximo, y las luchas parciales, los combates cuerpo á cuerpo, era lo único que se veía por todo el campo.

Los moros peleaban con un furor superior á toda descripción. A tal punto llegó la ceguedad ó el fanatismo que los dominaba, que á pesar de los disparos certerísimos de las piezas que coronaban el reducto que se proponían tomar, llegaron hasta él y emprendieron una lucha desesperada con los artilleros que lo defendían, á la que vino á poner término la llegada de algunas tropas nuestras.

Agotadas las municiones de los moros, echaron mano á sus gumías, arma que saben manejar divinamente, y arma doblemente terrible en esas luchas parciales.

Pero nuestros valientes no se asustaron por eso. Echaron mano á sus navajas, y sí terrible era la gumía en las de los moros, no era menos terrible aquella en la de los españoles. Por fin, los fanáticos sectarios de Mahoma se pusieron en desordenada fuga.

Entonces fué cuando los soldados se cebaron en ellos: cargas furiosas á la bayoneta, disparos de cañón, todo diezmaba aquellos apiñados grupos, cuyos blancos alquiceles sembraban el suelo, y cuyos cadáveres, que no podían recoger, iban quedando por las quebraduras de aquellas sierras.

Enumerar los hechos brillantes de aquella memorable jornada, los episodios de valor, los rasgos de temeridad, de audacia, de patriotismo y al mismo tiempo de generosidad, sería materia harto costosa. Toda la batalla fué una heroicidad. ¡Epopéya sublime que con caracteres de sangre quedaba grabada en el suelo africano!

Nuestras pérdidas fueron mayores que en las demás acciones, tanto porque el número de los enemigos fué mucho mayor, cuanto porque mejor dirigidos y con un valor más ordenado atacaban por diversos puntos.

Las bajas de los musulmanes fueron infinitamente mayores que las nuestras, y en un número crecidísimo é incomparable en proporción de las tropas que entraron en combate.

En resumen, la acción del 25 de Noviembre fué una página brillante de las infinitas que registran los anales de la guerra de África; pues es imposible que con más valor pudieran presentarse los enemigos, ni que fueran rechazados con más vigor y firmeza que lo fueron.

El temporal que había reinado constantemente durante aquellos días en el Estrecho, había impedido que pasasen á África las fuerzas que estaban en Cádiz.

Así que la posición del general Echagüe se hizo sumamente comprometida, necesitándose todo el valor de nuestros soldados para no haber perdido las posiciones que teníamos en el Serrallo.

En el momento en que el general O'Donnell tuvo noticia de la acción del día 25, comprendió que era necesario á todo trance socorrer al jefe del primer cuerpo del ejército.

Para esto dió las ordenes oportunas, y el día 28 se embarcó el cuartel general y acompañado del 2.º y 4.º cuerpo del ejército, tomó el rumbo para Ceuta, estableciéndose el cuartel general en los altos del Otero.

El general O'Donnell estuvo haciendo un reco-